

## Conversaciones con mi Apellido: Nieto III en Hérmedes de Cerrato

### Vidal Nieto Calzada



Cevico, Vertavillo y Hérmedes ahora, son las tres últimas etapas. Fuiste sin duda, Nieto, un apellido muy viajero para tu tiempo. Siguiendo tras tus pasos, continuando con la tarea de saberte y conocerte un poco más, llego a mi abuelo Abel Nieto, quien como supimos vino a casarse en Vertavillo con mi abuela, la hija de un pastor. Eso sí, después de haber estado trabajando varios años, de joven, en una mina en Bilbao y de haber hecho la mili durante tres años en Africa, en Larache, y volver luego al pueblo para hacerse molinero...

A veintidós kilómetros de Cevico hacia el este, dejando atrás, a la izquierda, vigía en lo alto a Vertavillo, y subiendo por el largo y ondulante valle a un páramo de 900 metros sobre el que se asienta, nos recibe el pueblo que le vio nacer el último día del año 1896.

El diez de enero del año siguiente, en la antigua iglesia de S. Juan Bautista, hoy un solar sin escombros ni ruinas, fue bautizado. Era el tercero de ocho hermanos que ejercerían luego los más variados oficios: Herrero, sastre, albañil, cartero, carretero, almendrero y molinero.

La primera vez que fui a Hérmedes era un niño de unos seis años. Me llevó mi padre en la Guzzi Hispania. Tenía allí unos tíos, hermanos de su padre, y primos a los que él gustaba visitar. Cierro los ojos y me inunda la luz. Es un pueblo que recuerdo luminoso, y por la sorpresa incomprensible que me produjo entrar en la casa y salir por el desván al campo, a una era de la trilla.

Su nombre esdrújulo tiene música, ritmo, pausa, magia y misterio, y me llena la boca de reminiscencias antiguas. Siempre pensé en el pueblo de mi abuelo como diferente y especial, quizá por tenerle más lejos en el tiempo y el espacio de mi mundo de niño.

Al llegar al pueblo nos reciben las eras y su ermita mozárabe de la Virgen del mismo nombre, construída en el siglo X, y adosada al cementerio, declarada Bien de Interés Cultural. Un poco más allá está la nueva iglesia, construída en 1954 en el descansadero de los pastores de la Cañada Real Burgalesa. Luego el pueblo, que se asienta, cuelga y desparrama por la otra falda del páramo, una ladera inclinada hacia el frondoso valle del arroyo Maderón, bordeado de álamos y chopos, sobre el que se yergue airoso al otro lado un roble de más de 400 años, árbol singular de más de 20

metros de altura que llaman la Mata Fombellida, recuerdo y testigo mudo del bosque autóctono de encinas y robles que tuvieron estos pueblos hasta las roturaciones del siglo XIX.

En este pueblo que significa ermitas o lugar de los eremitas, que antes fue llamado "San Juan de Heremitas de Cerrato", y cuyos orígenes se remontan a los de su ermita mozárabe, que tuvo una Abadía fundada en el siglo XI, nació Abel, que fue el tercero de ocho hermanos, porque hasta aquí llegaron años atrás, como ya me irás descubriendo, su padre y sus abuelos paternos en busca de nueva vida y oportunidades, emigrando del que les vio nacer por la enfermedad y la muerte desatadas allí por una devastadora epidemia de cólera.

Aquí encontraría acomodo y trabajo de albañil Vidal, su padre, y aquí conoció a una buena moza, alta, fuerte y guapa, hija de un herrero de Fombellida que aquí vino a poner su fragua, hermana de seis varones herreros como su padre, con la que se casó el once de febrero de 1893. Se llamaba Josefa y tenía entonces diecinueve años. Él veinticuatro.

Con el tiempo, el señor Vidal ejercería también el oficio de cartero, alguacil y sacristán. Por eso Josefa se llevaba a su casa de la calle Colón los candelabros de la iglesia, y bien arremangada, los frotaba y limpiaba con "Sidol" hasta dejarlos resplandecientes como los chorros del oro.

En Hérmedes murieron los dos en 1944, con setenta años ella, él dos meses después, una tarde de noviembre, al poco de acabar de "echar un pregón", sentarse al sol de invierno con otros viejos, junto a la pared de la ermita, y volverse luego a casa. Tenía setenta y seis años y una vida la mar de llena.

En este pueblo y por estos campos de espliego y romero, junto al arroyo y los almendros, cuando eran siete veces más sus habitantes, cuando todavía en ellos había palomares y muchos colmenares que dieron fama a la miel del Cerrato, hoy abandonados y casi hundidos, pasó Abel su infancia.

El otro día, cuando estuve en Hérmedes la última vez, haciendo fotos mientras los buitres leonados se mecían en el cielo, bajé hasta el arroyo por las calles desiertas, contemplé la Mata, vi los almendros y los chopos, escuché el silencio y cerré los ojos para recordar aquella luz de mi infancia, y rememorar al niño Abel, al que conocí ya de abuelo mayor, pacífico, inalterable y bueno, y pensé que quizá la magia que de niño me atraía de Hérmedes, su pueblo, pudiera ser la certeza de que allí siempre podría volver para reencontrarme con las huellas de mi abuelo y su memoria.

Calera y Chozas, junio 2012